

André Gide

Los alimentos terrenales
seguido de
Los nuevos alimentos

Traducción de M.^a Concepción García-Lomas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título Original: *Les nourritures terrestres, suivi de Les nouvelles nourritures*

Primera edición: 1985

Segunda edición: 2015

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Juan Manuel Sanz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Gallimard, 1942

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1985, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-125-2

Depósito legal: M. 21.370-2015

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Los alimentos terrenales

- 19 Libro primero
- 37 Libro segundo
- 51 Libro tercero
- 65 Libro cuarto
- 97 Libro quinto
- 115 Libro sexto
- 137 Libro séptimo
- 157 Libro octavo
- 169 Himno
- 173 Envío

Los nuevos alimentos

- 177 Libro primero
- 207 Libro segundo
- 223 Libro tercero
- 243 Libro cuarto

A mi amigo Maurice Quillot

Los alimentos terrenales

(1897)

Éstos son los frutos con los
que nos alimentamos en la tierra.

(El Corán, II, 23)

Prólogo de la edición de 1927

Julio, 1926.

Habitualmente se me encasilla en este manual de evasión y de liberación. Aprovecho esta reimpresión para presentar a los nuevos lectores algunas reflexiones que permitirán reducir la importancia de este libro, situándolo y motivándolo de una forma más precisa.

1.º Los alimentos terrenales es el libro, si no de un enfermo, al menos de un convaleciente, de alguien que ha estado enfermo y ha sanado. Hay en su propio lirismo el exceso de aquel que abraza la vida como algo que estuvo a punto de perder.

2.º Escribí este libro en un momento en que la literatura olía excesivamente a cerrado y a falso, y me pareció apremiante hacerle tocar tierra de nuevo y pisar sencillamente el suelo con los pies descalzos.

El fracaso total de este libro mostró hasta qué punto se oponía al gusto de esa época. Ningún crítico habló de él y

en diez años se vendieron exactamente quinientos ejemplares.

3.º *Escribí este libro en el momento en que, con el matrimonio, acababa de estabilizar mi vida; momento en el que alienaba voluntariamente una libertad que mi libro reivindicaba sin dilación, tanto más cuanto que era una obra de arte y ni que decir tiene que, al escribirlo, yo era totalmente sincero, pero sincero era también al contradecir a mi corazón.*

4.º *Tengo que añadir que yo aspiraba a no detenerme en este libro. Describía los rasgos de un estado flotante y disponible, precisándolos como lo haría un novelista con los de un protagonista parecido a él, pero inventado; e incluso me parece hoy que no los precisaba sin separarlos de mí, por así decirlo, o si se prefiere, sin separarme de ellos.*

5.º *Generalmente se me juzga por este libro de juventud, como si la ética de Los alimentos hubiera sido la de toda mi vida, como si yo hubiera sido el primero en no seguir el consejo que le doy a mi joven lector: «Tira mi libro y abandóname». Sí, abandoné inmediatamente a aquel que yo era cuando estaba escribiendo Los alimentos, hasta el punto de que, al examinar mi vida, el rasgo dominante que observo en ella, lejos de ser la inconstancia, es, por el contrario, la fidelidad. Esa fidelidad profunda del corazón y del pensamiento que considero absolutamente excepcional. Ruego que se me nombre a aquellos que, antes de morir, pueden ver realizado lo que se habían propuesto realizar y ocupó mi lugar junto a ellos.*

6.º *Una palabra más. Algunos sólo ven en este libro, o sólo quieren ver en él, una glorificación del deseo y de los instintos. Me parece una visión algo mezquina. Yo, cuando*

lo abro de nuevo, más bien observo en él una apología del «desposeimiento». Eso es lo que retuve de él, y a lo que precisamente sigo siendo fiel. Y, como ya referiré más adelante, es a lo que incorporé más tarde la doctrina del Evangelio, para poder encontrar en el olvido de uno mismo la realización personal más perfecta, la más elevada de las exigencias y el más ilimitado permiso para la felicidad. Lo demás lo he abandonado.

Que mi libro te enseñe a interesarte por ti mismo más que por él, y luego por todo lo demás más que por ti. Esto es lo que podías leer ya en las últimas frases del prólogo de Los alimentos, ¿por qué obligarme a repetirlo?

A. G.

No te equivoques, Nathanaël, con respecto al título brutal que he querido dar a este libro. Hubiera podido llamarlo *Ménalque*, pero Ménalque, al igual que tú mismo, no ha existido jamás. El único nombre de hombre con el que este libro habría podido titularse es el mío propio; pero entonces ¿cómo me hubiera atrevido a firmarlo?

Me puse a escribirlo sin pretensiones, sin pudor; y si a veces hablo en él de países que nunca vi, de perfumes que jamás olí y de acciones que nunca cometí –o de ti, mi Nathanaël, a quien todavía no he conocido– no es por hipocresía, y esas cosas no son mentira, como no lo es el nombre que te doy, al ignorar tu futuro nombre, a ti, Nathanaël, que me vas a leer.

Y cuando me hayas leído, tira este libro y sal. Me gustaría que este libro te diera el deseo de salir, salir de cualquier sitio, de tu ciudad, de tu familia, de tu habitación, de tu pensamiento. No te llesves mi libro. Si yo

fuera Ménalque, habría cogido tu mano derecha para guiarte, pero habría ignorado tu mano izquierda; habría soltado esa mano apretada cuanto antes, no bien hubiéramos estado lejos de las ciudades, y te habría dicho: olvídate.

Que mi libro te enseñe a interesarte por ti mismo más que por él, y luego por todo lo demás más que por ti.

Libro primero

Mi perezosa felicidad, que ha estado dormitando
durante largo tiempo,
se despierta...

Hafiz

I

Nathanaël, no desees encontrar a Dios en otro lugar que no sea en todas partes.

Cada criatura indica a Dios, ninguna lo revela.

Desde el momento en que nuestra mirada se detiene en una criatura, ésta nos aparta de Dios.

Mientras otros publicaban o trabajaban, yo viajé durante tres años para olvidar, por el contrario, todo lo que había aprendido con la cabeza. Esta «desinstrucción» fue lenta y difícil, pero me fue más útil que todas las enseñanzas impuestas por los hombres y significó verdaderamente el comienzo de una educación.

Nunca sabrás los esfuerzos que tuvimos que hacer para interesarnos por la vida, pero ahora que nos interesa, que sea como todas las cosas, apasionadamente.

Castigaba mi carne con alegría, ya que experimentaba una mayor voluptuosidad con el castigo que con el pecado, tan grande era el orgullo que me embriagaba, simplemente por no pecar.

Hay que suprimir de uno mismo la idea de «mérito», ya que es un gran escollo para el espíritu.

La incertidumbre de nuestros caminos nos atormentó toda la vida. ¿Qué podría decirte? Toda elección es pavorosa cuando se piensa en ella, como pavorosa es una libertad a la que no guía ya un deber. Es un camino que hay que elegir en un país completamente desconocido que cada cual debe descubrir; pero, fíjate bien, sólo puede hacerlo para sí mismo. De manera que el más incierto rastro en el África más ignorada es incluso menos incierto. Nos atraen las florestas umbrosas y los espejismos de los aún no agotados manantiales... mas los manantiales sólo estarán donde nuestros deseos los hagan fluir. Porque el país sólo existe a medida que lo configura nuestra proximidad y, conforme caminamos, el paisaje de los alrededores se va colocando poco a poco y no vemos el extremo del horizonte. Incluso lo que está a nuestro lado es sólo una sucesiva y modificable apariencia.

Pero ¿por qué hacer comparaciones en materia tan grave? Todos consideramos un deber descubrir a Dios, pero por desgracia no sabemos, mientras esperamos encontrarlo, hacia dónde debemos dirigir nuestras oraciones. Al final terminamos diciéndonos que Aquel al que no es posible encontrar está en todas partes, en cualquier lugar, y nos arrodillamos al azar, y tú, Nathanaël, serás igual que aquel que para guiarse va siguiendo una luz que él mismo sostiene con la mano.

Allí donde vayas, sólo podrás encontrar a Dios.

–Dios –decía Ménalque– es lo que está ante nosotros.

Nathanaël, lo mirarás todo al pasar y no te detendrás en ningún lugar. Convéncete de que sólo Dios no es provisional.

Que la *importancia* esté en tu mirada, no en lo que miras.

Todo lo que guardes en ti, en cuanto a conocimientos *diferentes*, permanecerá diferente a ti hasta la consumación de los siglos. ¿Por qué lo consideras tan valioso?

Los deseos son beneficiosos y beneficioso es satisfacerlos, porque se intensifican. Pues, en verdad te digo, Nathanaël, que cada deseo me ha enriquecido más que la posesión siempre falsa del objeto mismo de mi deseo.

Me consumí de amor por muchas cosas deliciosas, Nathanaël. Su esplendor provenía de mi constante pasión por ellas. Me resultaba imposible cansarme. Cada fervor me producía un desgaste del amor, un delicioso desgaste.

Hereje entre los herejes, siempre me atrajeron las opiniones desviadas, los extremados recovecos de los pensamientos y las divergencias. Sólo me interesaba un espíritu por lo que difería de los otros. Llegaba incluso a desterrar de mí la simpatía al reconocer en ella únicamente una emoción común.

No la simpatía, Nathanaël, sino el amor.

Actuar sin *juzgar* si la acción es buena o mala. Amar sin preocuparse de si lo que se ama es el bien o el mal. Nathanaël, yo te enseñaré el fervor.

Una existencia patética, Nathanaël, antes que la tranquilidad. No deseo otro descanso que no sea el del sueño de la muerte. Tengo miedo de que el deseo y la energía que no haya satisfecho durante mi vida me atormenten si me sobreviven. *Espero* quedar satisfecho después de haber exprimido sobre esta tierra todo lo que en mí aguardaba y morir completamente *desesperado*.

No la simpatía, Nathanaël, sino el amor. Comprendes ¿verdad? que no es lo mismo. Por temor a una pérdida de amor, pude a veces simpatizar con tristezas, preocupaciones y dolores que de otro modo apenas hubiera podido soportar. Deja que cada cual se ocupe de su vida.

(Hoy no puedo escribir porque una rueda gira en el granero. Ayer la vi; estaba trillando colza. La cascarilla volaba y el grano caía al suelo. El polvo resultaba sofocante. Una mujer daba vueltas a la muela y dos hermosos muchachos, descalzos los pies, recogían el grano.

Lloro porque no tengo nada más que decir.

Ya sé que no se empieza a escribir cuando no se tiene nada más que decir que lo que he dicho, pero, sin embargo, he escrito y escribiré aún otras cosas sobre el mismo tema.)

Nathanaël, me gustaría darte una alegría que ningún otro te hubiera dado antes. No sé como dártela y, sin embargo, yo poseo esa alegría. Quisiera dirigirme a ti más íntimamente de lo que ningún otro lo haya hecho

antes. Quisiera llegar contigo a esa hora de la noche en que sucesivamente hayas abierto y después cerrado muchos libros, buscando en cada uno de ellos más de lo que te pudiera revelar; esa hora en la que aún esperas; en la que tu fervor, al no sentirse ayudado, se va a convertir en tristeza. Sólo escribo para ti, sólo te escribo para esas horas. Quisiera escribir un libro del que te pareciera ausente todo pensamiento y toda emoción personal y en el que sólo vieras la proyección de tu propio fervor. Quisiera acercarme a ti y que tú me *amaras*.

La melancolía no es sino fervor apaciguado.

Todo ser es capaz de desnudez; toda emoción, de plenitud.

Mis emociones se han explayado como una religión. Ojalá puedas comprender esto: Toda sensación es de una *presencia* infinita.

Nathanaël, yo te enseñaré el fervor.

Nuestros actos se pegan a nosotros como al fósforo su fulgor. Nos consumen, es cierto, pero nos proporcionan nuestro esplendor.

Y si nuestra alma vale algo es porque se ha consumido con más ardor que otras.

Grandes campos bañados por la blancura del alba, yo os vi; lagos azules, yo me bañé en vuestras olas y no me cansaré de repetirte, Nathanaël, que cada caricia del aire risueño me hacía sonreír. Yo te enseñaré el fervor.

Si hubiera sabido cosas más bellas, sin duda alguna te las habría dicho; ésas y no otras.